GABRIEL ZAID

REMEDIOS CONTRA LA HINCHAZON

El centralismo no es reciente en México: tiene raíces históricas y hasta mitológicas. Pero su hinchazón actual es cosa de este siglo, ligada al petróleo, el partido único, la industria protegida y el ascenso al poder por vía universitaria.

Hipótesis de trabajo: mostrar que hay una conexión entre el precio del dólar y el tamaño de la ciudad de México; que frenar ése y otros precios desbocó la ciudad; y que, en el caso particular de la gasolina y los servicios municipales, regalar divisas favoreció el transporte horizontal (la extensión), a costa del vertical (los elevadores).

Mostrar cómo, por el contrario, la piramidación burocrática favoreció el movimiento vertical, en vez de horizontal: la federación impuesta desde arriba, en vez de negociada entre estados; la organización por "áreas" especializadas, en vez de zonas regionales; la creación de empleos de un nivel antes desconocido (jefes de jefes de jefes de jefes...); el empleo de universitarios; la maraña de jurisdicciones que se duplican y contraponen en un punto geográfico desde cada punto de vista especializado. Comparar a un gobernador con el gerente de una sucursal: ambos enfrentados a la clientela por decisión de arriba, por lo cual su verdadera clientela (si quieren hacer carrera) está en las oficinas centrales; ambos, de cualquier manera, presionados por las necesidades locales, pero sin disponer para atenderlas de los hilos centrales, por lo general enredados en disputas de "área". Estudiar si, como parece, la experiencia de hacerse cargo del paquete local completo, aunque sea en pequeño, resulta más formativa que hacerse cargo de un "área" especializada, aunque sea en grande. Juárez, Carranza, Calles, Cárdenas, Alemán, a diferencia de otros presidentes de menor estatura, fueron antes gobernadores. ¿Es casualidad? A partir de Alemán, la ruta del poder pasa por la Ciudad Universitaria. ¿Tiene esto que ver con la hinchazón y deterioro simultáneos de la Universidad Nacional, la *polis* nacional y esta especie de ciudad nacional o ciudad-estado aplastante que es la capital? Mostrar que históricamente la deuda pública y el déficit externo provienen sobre todo de la capital, con cargo al resto del país.

Todas estas hipótesis, que pueden parecer excéntricas y desconectadas, son geopolíticas: están centradas en el centralismo. Inspiran los siguientes remedios, también hipotéticos:

1. Poner como requisito para ser presidente haber sido gobernador.
2. Suprimir la mitad de las secretarías.
3. Sacar de la capital la educación superior.
4. Encarecer el dólar.

No son remedios para acabar con la ciudad de México, el centralismo o el presidencialismo: únicamente para que se deshinchen. Integran una estrategia: cambiar la ruta del poder. Reorganizar la cola única y monstruosa de aspirantes que trepan la pirámide central, en treinta colas menores, con treinta Mecas intermedias del poder, el saber y la vida cortesana, por donde la ambición trepadora tenga que pasar. Ahora, todos los que no llegan más que al peldaño equis (que son casi todos), se quedan de cualquier manera a vivir en la capital; y con ellos sus compañeros de aspiraciones, familias, psicoanalistas, médicos, abogados, arquitectos, albañiles, jardineros, choferes, criadas. Habiendo treinta colas, una buena parte de la población aspirante a más se quedaría en las treinta capitales previas.

Se ha pensado en mudar la capital. En honor de esta idea, resucitada por Emilio Rosenblueth (*Vuelta* 110), hay que decir que acierta en el tamaño del problema y en el tamaño de la solución. El terremoto ha sido la más terrible crítica de nuestro centralismo (Octavio Paz): no es posible continuar como si nada hubiera pasado. Pero cambiar la sede de los poderes federales mudaría la hinchazón de una ciudad a otra, para ruina de ambas. Es mejor no llevar más que el 3% de hinchazón a cada una de las capitales de estado.

La idea de repartir la hinchazón tampoco es nueva. Pero se ha concebido (y por eso ha fallado) en términos de extender la cobertura geográfica de los poderes federales, no en términos de extender la cobertura funcional de los poderes locales. En vez de reducir la hegemonía de la ciudad-estado en favor de los estados, se llevan los tentáculos del pulpo metropolitano hasta la provincia. Así como los antiguos reinos indígenas (de pleito o en alianza subordinada a Tenochtitlan) fueron borrados por la mancha urbana y

acabaron como barrios de la ciudad de México; así como las ciudades de Cuernavaca, Toluca, Pachuca, van por el camino de subsumirse en la gran Mexcuetopa (Edmundo Flores); la descentralización ha consistido en anexarse los estados y multiplicar la hinchazón. Dos intentos fallidos:

a) Llevar delegaciones del poder central a los estados, para que, estando allá la gente que resuelve, no haga venir gente de allá. Esto ha aumentado el personal necesario, el cruce de jurisdicciones y los viajes. Para los otros, el delegado se vuelve un intermediario más, que tiene que intervenir en las negociaciones, comunicaciones, decisiones. A su vez, él está en medio de una maraña de intereses locales y federales, que se enmaraña más con su presencia. Ya no se diga si el asunto compete a más de un delegado federal en el estado. Un proyecto turístico, por ejemplo, puede tener problemas ejidales, ecológicos, de comunicaciones y transportes: requerir varias dependencias del gobierno del estado, varios delegados federales, a más de todas las dependencias de la capital que, como siempre, son las que resuelven (si resuelven).

b) Sacar dependencias completas de la capital. En la práctica, suele quedar una guardia para lo que se ofrezca. Pero se ofrecen tantas cosas, que la guardia acaba hinchándose y lo único que se gana es un ajetreo continuo entre la sede teórica y el verdadero centro de operaciones, que es la capital. Esto sucede no sólo con las dependencias supuestamente desconcentradas, sino hasta con los gobernadores, que hacen gran parte de su vida en la capital.

No es fácil ni deseable cambiar la sede de los poderes federales en su monstruosidad actual. Y, estando aquí los poderes, es utópico sacar secretarías completas, como también se ha propuesto. Lo que hay que hacer es suprimirlas. Los verdaderos poderes federales se ejercen a través de la Defensa, Marina, Relaciones, Gobernación, Justicia, Hacienda. ¿Qué hacen las secretarías de Agricultura, Desarrollo Urbano, Educación, Pesca, Reforma Agraria, Salud, Turismo, que no puedan hacer mejor los gobiernos de los estados? Si el presupuesto de la mitad de las secretarías se volviera presupuesto de los gobiernos de los estados, la hinchazón de la capital, los errores de tomar decisiones lejos del lugar de aplicación, el costo de tantos viajes y duplicaciones, se reducirían. Habría incentivos para quedarse en la provincia y aun para irse de la capital.

El imán de México es poderosísimo: religioso, político, cultural, económico. Es el lugar teofánico donde se manifestó el águila devorando a la serpiente, donde la Virgen de Guadalupe habló con Juan Diego. Es el reto que no podía ignorar Cortés, quedándose en Veracruz. Es la cumbre soñada para los que llegan con una mano atrás y otra adelante, como llegaron los aztecas a hacer la Tenochtitlan y los españoles a hacer la América. Es la Meca sagrada a donde siguen llegando los peregrinos, y también la Meca del poder, del saber, del arte, del dinero. Es el centro de la vida cortesana, que necesita dólares baratos (para importar, viajar y hacer inversiones faraónicas); que necesita campesinos baratos para la servidumbre (y alimentos importados baratos para convencerlos de que no les conviene producirlos, sino venir a consumirlos aquí, trabajando en otra cosa); que necesita servicios municipales baratos (financiados con deuda y divisas baratas) para alojar y transportar a las multitudes aspirantes a más. Es una ciudad-estado dominante y explotadora de las riquezas exportables del país, que ya supera en población y economía a más de un centenar de países. Es uno de los mayores mercados del mundo, concentrado en un solo lugar, ideal para instalarse y multiplicar la hinchazón.

No parece fácil romper la tradición de la capital como un centro superior, que lo preside todo desde 2200 metros de altura. Quizá la única oportunidad realista está en su punto débil: la educación superior. La arrogancia académica es muy descentralizable, sobre todo ahora que los títulos de la capital se han ido devaluando, y que de las antiguas glorias sobreviven más la arrogancia que la excelencia. Con relativamente poco, se podría lograr una arrogancia provinciana equivalente: que la gente creyera que los títulos de provincia valen más. Esto rompería la tradición en un punto decisivo. Sobre todo si las gubernaturas se prestigian como escalones a la presidencia, en vez de premios de consolación para los que no llegaron a más en la capital. Sobre todo si se despuebla la Ciudad Universitaria y casi toda la educación superior de la capital.

Las universidades son centros de excelencia trepadora que desemboca en las secretarías. Para cambiar la ruta del poder, es importante que los compañeros de banca: los jóvenes que estudiando se preparan para asaltar las secretarías, no sigan ya la ruta de los últimos presidentes: el paso previo por la Ciudad Universitaria, sino el paso previo por los estados. Para lo cual hacen falta centros de excelencia locales, con desembocaduras locales en puestos dignos de universitarios eminentes. Una vida cortesana que no le pida nada a la capital costaría menos en provincia y sería fácil de pagar, suprimiendo la mitad de las secretarías y todos los subsidios a la educación superior en la capital.

Habría que poner tales incentivos a los planteles de provincia que los de la capital se despoblaran. Por ejemplo, la Universidad Nacional podría volverse más verdaderamente nacional instalándose por todo el país, con una pequeña diferencia: las cuotas en la capital no tendrían subsidio alguno, mientras que en provincia seguirían siendo voluntarias, con el incentivo adicional de becas para los que se fueran. El incentivo último, por supuesto, sería que las camarillas trepadoras para la gran pirámide se formarían allá.

Dicho sea de paso: con la buena intención de sacar la industria a la provincia, el país se ha llenado de parques industriales, donde hay terrenos, electricidad, gas, espuelas de ferrocarril, exenciones de impuestos, pero no mucha industria. Se olvidó que la vida industrial de la capital está ligada a su vida cortesana. Que para atraer la industria no basta con desarrollar infraestructura industrial. Hace falta infraestructura política: capacidad de decisión local. También infraestructura cortesana: primarias y secundarias de lujo, para que los niños enganchen desde pequeños en buenos equipos trepadores; universidades, centros de investigación, librerías, revistas en dos o tres idiomas, conciertos, teatros, cineclubes, museos, conferencias; sesiones feministas, sesiones de meditación, sesiones de marxismo, sesiones para adelgazar; médicos de primera, clínicas de lujo, boutiques, centros comerciales, cercanía de aeropuertos (de preferencia internacionales), cablevisión, radiotécnicos para atender equipos de alta fidelidad y antenas parabólicas;

lugares para atender a la gente bonita del extranjero, de las secretarías, de la política, de la vida cultural. Todo lo cual, naturalmente, cuesta mucho menos que las construcciones multimillonarias abandonadas o subocupadas en parques y puertos industriales.

Alguna vez tuve oportunidad de ver los resultados de una encuesta entre el personal metropolitano de un grupo industrial. Se había planteado la posibilidad de sacar un conjunto de operaciones de la capital, y la gente parecía entusiasmada. (Fenómeno reciente: hace veinte años nadie se hubiera entusiasmado, y era costumbre pagar sueldos más altos, para consolar del exilio, al personal que hacía falta en provincia, sobre todo especializado.) Inesperadamente, a la hora de cuantificar, resultó que las dos terceras partes optaban por quedarse en la capital. Y las razones eran de mucho peso: en una ciudad que no funciona con el modelo simplista según el cual cada familia tiene un solo miembro que trabaja, en un solo trabajo y sin hacer otra cosa

UN MONSTRUO ALIMENTADO CON DOLARES

Los anuarios de comercio exterior incluyen resúmenes de importaciones y exportaciones por destino y origen (estados, territorios y Distrito Federal) que permiten calcular la balanza internacional de productos por entidad. Carlos Elizondo me hizo el favor de ver medio centenar de anuarios y obtener para el Distrito Federal: importaciones, exportaciones, saldo y comparación con el total (sin tomar en cuenta la revaluación de exportaciones, porque no está desglosada por entidad). Primeros resultados: el D.F. importa entre la mitad y las tres cuartas partes del total nacional, pero sólo exporta entre un octavo y un cuarto del total. Año con año tiene saldos negativos. Peor aún: el déficit nacional se explica esencialmente por el déficit del Distrito Federal. Estos resultados serían peores si (en las cifras del Estado de México, que también tiene saldos negativos) fuera posible separar lo que corresponde al cinturón metropolitano, para construir la balanza de la ciudad de México (Distrito Federal más aledaños).

Completé la información con series de *Estadísticas históricas de México* (SPP), para elaborar el cuadro cuyas columnas se leen como sigue:

A) Indice de precios al menudeo en la ciudad de México (excepto 1934-38: precios del PIB, ajustados a la misma base 1978 = 100).

B) Precio promedio del dólar en pesos.

C) Precio promedio del dólar en cosas (comprables al menudeo en la ciudad de México). Se obtiene dividiendo 100B entre A. Esta columna muestra que el precio relativo del dólar desciende constantemente, y que las devaluaciones no revierten la tendencia más que transitoriamente. En 1940, un dólar costaba 225 cosas; en 1976, costaba 23: diez veces menos.

D) Población del D.F. en millones, interpolada geométricamente entre censo y censo. Es obvio, comparando las series C y D, que la población crece a medida que el dólar se abarata. A reserva de que se formule mejor la conexión (por ejemplo: considerando únicamente el crecimiento por inmigración), una simple regresión lineal da un coeficiente de correlación de 0.92 para la siguiente ecuación:

$$\ln D = 0.9797 + \ln (A/B)^{0.7897}$$
$$D = 101\ C^{-0.8}$$

Dicho inexactamente: la población del Distrito Federal es inversamente proporcional a la raíz cuatro quintos del precio relativo del dólar. Si el dólar se abarata 10%, la población crece 8%.

E) Déficit en dólares por persona del Distrito Federal. Se obtiene dividiendo el déficit de su balanza comercial entre B y entre D. Como no es un déficit transitorio, recuperable en años con superávit, se trata en realidad de un consumo neto: cuántos dólares tira al caño cada capitalino. Como si fuera poco, el consumo neto ha venido aumentando de 27 dólares anuales (promedio simple 1934-43) a 108 (1944-70), a 285 (1971-78), a no se sabe cuánto en la "administración de la abundancia" (1979-82): más de diez veces por persona.

F) Superávit en dólares por persona del resto del país. Se obtiene calculando la balanza comercial del resto del país (por diferencia entre D.F. y total), dividiendo entre la población del resto del país (también obtenida por diferencia) y convirtiendo a dólares. En 30 de los 45 años el saldo es positivo. El promedio simple de toda la columna también (+3). Los años negativos arrojan cifras 35 veces menores a las del Distrito Federal (en esos años): 1–5 dólares anuales per cápita (promedio simple) frente a –173.

G) Múltiplo importaciones/exportaciones del Distrito Federal: cuántos pesos importó ese año por cada peso que exportó. A simple vista, la desproporción es escandalosa (el promedio simple de la columna es 4). Ningún país del mundo hubiera podido sostenerla sin arruinarse en unos cuantos años, menos aún sosteniendo una paridad estable durante más de veinte años (1954-76).

H) Porcentaje que representa el déficit del Distrito Federal frente al déficit nacional. Los 10 años en blanco son aquéllos en los cuales el resto del país tuvo un superávit tan grande que hubo superávit nacional, a pesar del saldo negativo de D.F. Los 21 con porcentajes mayores de 100% son años en que el resto del país tuvo superávit pero no suficiente para cubrir el déficit del D.F. En los 14 años mejores del D.F. (comparativamente con el resto del país), su déficit representó del 75% al 99% del déficit nacional. Así queda claro que el déficit nacional proviene siempre de la capital. A lo largo de los años, a medida que los dólares se vuelven más baratos, se va pasando de una situación a otra: de un superávit tan grande en el resto del país que carga fácilmen-

que trabajar; donde, por el contrario, reina el multiempleo y es común trabajar y estudiar (porque sin estudiar no se tienen las credenciales necesarias para trabajos mejor pagados); donde es normal que en las familias trabaje más de uno y estudie más de uno, y no falta un pariente que cuidar; donde hay tratamientos médicos prolongados que no existen en provincia; donde se estudian o se ejercen especialidades que tampoco existen en provincia; donde se están pagando créditos hipotecarios no fácilmente transladables a provincia; casi toda familia tiene ataduras múltiples: el arraigo no se reduce a uno de los empleos de uno de sus miembros.

Sin ignorar la importancia de que una tercera parte (digamos) de la población esté dispuesta a irse, tampoco serviría de mucho, si en unos cuantos años la población restante volviera a crecer. Lo importante es parar el crecimiento, cuyo primer motor es la vida cortesana. Aunque la población privilegiada no llegue a la tercera parte, es la decisiva, porque tiene un arrastre multiplicador de población aspi-

te con el D.F. y obtiene un superávit nacional (años en blanco); a un superávit del resto del país que ya no puede con esa carga (años con más de 100%); a un déficit que se extiende al resto del país: cuando los dólares baratos sofocan toda capacidad de superávit (años con menos de 100%).

	A	B	C	D	E	F	G	H	I
1934	1.5	3.60	240	1.4	− 8	+ 6	1.3		11
1935	1.6	3.60	225	1.5	− 22	+ 8	2.1		32
1936	1.8	3.60	200	1.5	− 16	+ 7	1.5		24
1937	2.2	3.60	164	1.6	− 34	+ 8	2.2		54
1938	2.2	4.52	205	1.6	− 16	+ 6	1.6		26
1939	2.3	5.18	225	1.7	− 29	+ 6	2.5		49
1940	2.4	5.40	225	1.8	− 29	+ 6	2.5		50
1941	2.6	4.86	187	1.9	− 59	+ 4	6.5	286%	109
1942	3.1	4.85	156	2.0	− 23	+ 5	1.8		45
1943	4.1	4.85	118	2.1	− 29	+ 6	2.1		61
1944	5.9	4.85	82	2.2	−113	+ 4	6.2	141%	247
1945	6.9	4.85	70	2.3	− 58	+ 3	2.7	195%	133
1946	8.9	4.85	54	2.4	− 73	+ 1	2.0	120%	179
1947	9.6	4.85	51	2.6	−127	+ 5	3.7	150%	329
1948	9.6	5.74	60	2.7	− 96	+10	4.4	517%	261
1949	10.6	8.01	76	2.9	− 71	+10	3.1		204
1950	11.3	8.65	77	3.1	− 88	+12	5.6	3641%	269
1951	13.9	8.65	62	3.2	−135	+12	4.9	282%	433
1952	16.8	8.65	51	3.3	−131	+12	6.6	300%	440
1953	16.2	8.65	53	3.5	−130	+10	8.0	212%	456
1954	17.7	11.34	64	3.7	−102	+ 4	7.1	134%	376
1955	20.4	12.50	61	3.9	− 95	+ 4	5.0	140%	365
1956	21.1	12.50	59	4.0	−122	+ 3	6.2	119%	491
1957	22.1	12.50	57	4.2	−122	− 2	5.4	91%	518
1958	23.8	12.50	53	4.4	−117	− 2	5.3	92%	520
1959	25.0	12.50	50	4.6	−101	− 2	4.9	116%	469
1960	25.0	12.50	50	4.9	−112	− 0	3.9	99%	548
1961	26.0	12.50	48	5.0	− 99	+ 2	3.7	110%	501
1962	26.2	12.50	48	5.2	−103	+ 5	4.1	145%	536
1963	26.3	12.50	48	5.4	−109	+ 5	4.2	143%	587
1964	27.4	12.50	46	5.6	−122	+ 3	3.8	116%	684
1965	27.9	12.50	45	5.8	−106	+ 1	3.1	109%	611
1966	28.0	12.50	45	6.0	− 99	− 0	2.9	99%	592
1967	27.4	12.50	46	6.2	−107	− 3	3.0	87%	665
1968	27.0	12.50	46	6.4	−118	− 4	3.1	82%	758
1969	26.7	12.50	47	6.6	−103	− 5	2.8	79%	682
1970	28.3	12.50	44	6.9	−148	− 7	4.7	79%	1016
1971	29.0	12.50	43	7.0	−125	− 5	3.9	80%	883
1972	30.6	12.50	41	7.2	−154	− 5	4.0	82%	1115
1973	35.7	12.50	35	7.4	−228	− 5	4.4	87%	1690
1974	45.3	12.50	28	7.6	−359	−13	4.4	80%	2726
1975	49.6	12.50	25	7.8	−370	−19	5.0	75%	2880
1976	66.9	15.69	23	8.0	−329	− 4	5.6	92%	2628
1977	83.7	22.69	27	8.2	−300	+11	4.5	134%	2460
1978	100.0	22.76	23	8.4	−415	+12	5.0	124%	3482

Como la mayor concentración industrial del país está en la capital, pudiera pensarse que la tabla no es más que la traducción geográfica de lo que ya se sabe: la industria protegida es deficitaria (y, por eso, también la capital). Pero la conexión es al revés: la capital es deficitaria, y por eso el dólar es barato, y por eso hay industria protegida.

Históricamente, el centralismo deficitario es anterior a la industria deficitaria, aunque luego se refuercen mutuamente. Además, la actividad preponderante del D.F. no es la industria sino los servicios, que en 1940, 50, 60 y 70 tuvieron el doble de ocupación y producto que la industria (Luis Unikel). En esos mismos años, el D.F. representó el 26%, 30%, 34% y 30% de la ocupación industrial nacional; y, a pesar del descenso, después del máximo alcanzado en 1960, el déficit por persona siguió aumentando. Por otra parte, los subsidios en la capital no los recibe exclusivamente la población ocupada en la industria; y los subsidios específicos para la industria son mayores fuera de la capital, desde que empezaron los incentivos descentralizadores. Es decir: las ventajas especiales de la industria capitalina no derivan de ser industria sino de estar en la capital. Por último, aunque el múltiplo importaciones/exportaciones de la industria nacional es de 2 (importa el doble de lo que exporta), lo cual es un escándalo, no puede ser la explicación de un escándalo mayor: que el múltiplo conjunto (industrias y todo lo demás) del D.F. sea de 4. No fue el déficit industrial lo que condujo al déficit de la capital, sino al revés: un centralismo deficitario prohijó una industria protegida.

Gabriel Zaid

I) Déficit del Distrito Federal en millones de dólares. El déficit acumulado de 1934 a 1978 suma 31,195 millones de dólares, o sea prácticamente la deuda externa acumulada hasta entonces (33,416 millones de dólares). De hecho más, si se consideran los intereses necesarios para financiar el déficit acumulado. Lo cual es congruente: a corto plazo, la deuda refleja muchos elementos transitorios; pero, a largo plazo, una acumulación de saldos negativos tiene que convertirse en una deuda creciente. La deuda externa del país refleja ante todo las divisas que se tragó la capital. De 1934 a 1978, el déficit nacional fue de 25,770 millones de dólares, formado por un déficit de 31,195 del D.F. y un superávit de 5425 del resto del país.

rante a más. En particular, el almácigo universitario de población privilegiada tiene mayor efecto multiplicador, por su edad: es una población que se va a casar, instalar, reproducir y aumentar la demanda de población subordinada. Una familia universitaria cuyo ingreso conjunto sea de diez o veinte o treinta salarios mínimos puede canjear su trabajo por el de diez o veinte o treinta personas de salario mínimo que la atiendan (directa o indirectamente). Lo cual da idea del multiplicador.

La cuestión de la edad es importante desde otro punto de vista. La edad universitaria es la edad perfecta para irse de la casa, antes de formar otra familia y llenarse de ataduras. Si no es fácil que se vaya una familia completa, ¿qué parte puede irse con mayor facilidad? La que está en esa edad. Otro punto a favor de sacar la educación superior: los estudiantes, investigadores y maestros universitarios son la población más consciente de la monstruosidad urbana y ecológica de la capital. En este sector, no la tercera parte, sino quizá dos terceras partes, se irían con gusto, siempre y cuando los incentivos cortesanos también se desplazaran.

De todos los incentivos que tiene la ciudad de México, hay uno que no debe desplazarse sino destruirse: los dólares baratos. La ciudad no tiene minas de plata, ni pozos petroleros, ni producción agropecuaria. Lleva siglos de vivir a costa de las divisas generadas por el resto del país. Mientras el déficit de su balanza de pagos no cargó demasiado contra el superávit del resto, pudo pagarse. Pero, a lo largo del siglo, se crearon las condiciones para que la carga se volviera aplastante:

a) La Revolución destruyó la vida cortesana de provincia, que prosperó en el Porfiriato (gracias a la pacificación del país, lograda concediendo feudos de poder local a caudillos locales; gracias a que las minas, haciendas y otras fuentes de riqueza no podían operar en la capital; gracias a la inexistencia de teléfonos, automóviles, aviones) y convirtió la capital en un refugio que atraía población. De 1910 a 1921, la población de la ciudad de México aumentó 31%; la del resto del país disminuyó 7%.

b) El primer auge petrolero (apogeo en 1921) coincidió con un alza del precio internacional de la plata, sumando así dos grandes fuentes de divisas: la nueva y la tradicional. De 1920 a 1928, el superávit comercial llegó a niveles desconocidos en la historia de México. (El récord de 1920 no fue batido ni en los años del segundo auge petrolero: hizo falta la crisis de 1982, que contrajo violentamente las importaciones, para superarlo.) Como si fuera poco, también mejoró la cuenta de capital, porque abundaron las inversiones extranjeras. Todas estas divisas lucieron en la ciudad de México: la mancha urbana aumentó 86% de 1921 a 1930.

c) La piramidación del poder sindical favoreció el centralismo de la ciudad de México. Los revolucionarios de Sonora, a diferencia de Zapata, querían modernizar el país; pero, como Zapata, creían en el campo. Su mito progresista era la modernización agropecuaria, no la urbanización industrial. Pero las realidades políticas se impusieron. Una vez ganado el poder con tropas armadas en el campo, los campesinos eran menos útiles que las tropas urbanas desarmadas en la capital: los contingentes sindicales. (Hasta la fecha, en los desfiles o en casos de necesidad especial, los presidentes exhiben por las calles de la ciudad de México su ejército desarmado: el apoyo sindical. Que no es gratuito, ni está exento de sorpresas: también esos ejércitos pueden dar golpes de estado, menos visibles porque usan otras armas.) Luis Napoleón Morones (nacido no en Sonora sino en el Distrito Federal; de larga experiencia industrial, iniciada como obrero; socialista y organizador de la CROM en 1918, la primera gran central obrera, que llegó a tener dos millones de miembros) fue recompensado por Calles con la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo (1924-1928). Ahí encontró la piedra filosofal de la prosperidad urbana y la paz tripartita: la industrialización protegida, que da a los sindicatos buenos salarios, a los industriales mercados cautivos, al gobierno impuestos y control. La revista de la CROM hizo una campaña bajo el lema "Consuma lo que el país produce", cuyo significado real tardó en manifestarse: consuma las costosas manufacturas que la capital produce; para que así la capital "exporte" al mercado interno lo que no exporta al externo; para que así la capital compre en el interior y baratos los dólares que necesita; para que, teniendo dólares baratos, la capital no consuma lo que el país produce, sino la maquinaria, refacciones, materias primas y producción agropecuaria que otros países producen.

d) La creación del partido único (1929) resolvió las disputas revolucionarias por vía desarmada, pero destruyó de paso todo centro de poder fuera de la ciudad de México. Se ha dicho, con razón, que fue una restauración de la paz porfiriana. Pero hay diferencias geopolíticas: don Porfirio repartía el queso en función del espacio (por áreas regionales); hoy se reparte en función del tiempo (por turnos de oportunidad en "áreas" funcionales). El derecho al queso se adquiría renunciando a la crítica de las armas; hoy se adquiere renunciando a las armas de la crítica. El reconocimiento de ese derecho se ganaba en el campo de batalla; hoy se gana en el *campus* universitario y en el campo de una especialidad.

e) El ascenso de los universitarios al poder (1946) buscó la *Nueva grandeza mexicana* (Salvador Novo, 1946) por vía industrial: sustituyendo manufacturas importadas con mano de obra traída a la capital. De 1940 a 1970, el empleo agropecuario no subió más que un tercio; el industrial se cuadruplicó. Paralelamente, la población de la ciudad de México se quintuplicó. En el resto del país, dobló.

La nueva grandeza capitalina se alimentó con las divisas del resto del país. Desde 1883 hasta 1940, la balanza comercial del país había sido positiva, con exportaciones que no eran de la capital sino del campo, minas y pozos petroleros. Desde 1941, empezó a haber años negativos. Desde 1958 hasta 1981, todos lo fueron; a pesar de que la exportación de petróleo aumentó 570 veces (en dólares). La capital se había vuelto un pozo sin fondo de divisas que ni los pozos petroleros pudieron saciar: importaba cuatro veces lo que exportaba y su déficit era la explicación fundamental del déficit nacional. Con la quinta parte de la población, consumía la mitad de las importaciones. Es decir: el resto de la población (las cuatro quintas partes) hacía un consumo por persona cuatro veces menor.

El despojo de divisas para la capital se imponía a través de la paridad y el control de permisos de importación y exportación. De 1940 a 1970, los precios al menudeo en la ciudad de México aumentaron 11.8 veces. El precio del dólar no aumentó más que 2.3 veces: se volvió cinco veces más

barato. A pesar de lo cual, no subió de precio ni un centavo durante seis años más. La barata se sostuvo hasta la bancarrota de 1976, cuando los dólares llegaron a ser diez veces más baratos (relativamente a 1940).

Supongamos un capitalino cuyos ingresos fueran aumentando para mantener su poder adquisitivo. En 1976, al entrar a una tienda, podía comprar la misma cantidad de cosas que en 1940, a cambio de un día de trabajo. Pero, al entrar a un banco, por cortesía del Banco de México, podía comprar diez veces más dólares que en 1940, a cambio de un día de trabajo. Y ¿a quién le convenía tamaña barbaridad? No a los que exportaban, naturalmente, sino a los que importaban cuatro veces más de lo que exportaban y debían hasta la camisa en dólares.

Afortunadamente para la capital, los que exportaban eran otros: podía crecer tomando sus divisas o pidiendo créditos en dólares que los otros se encargarían de pagar. Huelga decir que este interés de la capital contra los estados nunca afloró teóricamente. Por el contrario, eminentes economistas decían con toda seriedad: ¿Qué ganamos con devaluar, si no tenemos nada que exportar? Lo cual quería decir: ¿Qué gana la capital con devaluar, si no tiene nada que exportar?

f) El segundo auge petrolero, en vez de sanear la situación, hizo más aparatosa la quiebra. En 1981-82, el estado regalaba el 15% del producto nacional a través de subsidios. Y ¿dónde se concentraba tamaña generosidad? En la ciudad de México, que tenía alimentos subsidiados, transporte subsidiado, vivienda subsidiada, servicios (municipales, eléctricos, educativos, de salud) subsidiados, viajes al extranjero subsidiados, inversiones subsidiadas. Todos estos subsidios, en mayor o menor grado, podían referirse a uno: los dólares baratos. Para continuar la barata, no sólo se malbarataron los dólares que había sino los que iba a haber (supuestamente), hipotecándolos de antemano con créditos ruinosos. Y ¿de dónde iban a salir los supuestos dólares futuros? Del resto del país, naturalmente.

Si México hubiera sido un ciudad-estado independiente, el desastre se hubiera manifestado antes y no hubiera llegado tan lejos. Nunca hubiera podido importar y crecer sin generar las divisas que necesitaba. Pero como avasalla y explota al resto del país, pudo zamparse una cantidad de divisas que ni remotamente era capaz de producir. Los dólares baratos sólo fueron posibles como una imposición del centralismo importador a su periferia exportadora. Sirvieron para que la quiebra central no se manifestara hasta que ya ni los recursos de todo el país bastaron para taparla.

El mal está hecho, y lo peor es que ahora hay intereses creados que necesitan desesperadamente dólares baratos. Desde la familia que ya emigró del rancho de la capital, y en vez de madrugar para ordeñar su vaca tiene que madrugar para la ordeña de dólares baratos: para hacer cola y conseguir leche importada a la hora en que la reparten casi regalada; hasta el industrial que ya se ensartó con equipo que parecía un gran negocio (con dólares baratos) y ahora no lo puede pagar (si no lo subsidian con dólares baratos). Todo lo cual merece comprensión, pero no puede continuar.

Por lo que hace a la hinchazón, ¿qué tan caros deberían ser los dólares? Tan caros que la ciudad de México tenga un superávit y sanee sus finanzas como un país independiente, sería el criterio radical. Un criterio menos duro, de especial interés descentralizador, sería el siguiente. La ciudad de México nunca producirá los alimentos que necesita. Tiene que importarlos del extranjero o del resto del país. Hasta ahora, la capital ha hecho un negocio fácil: fijando la paridad de tal manera que la leche y otros elementos le salgan más baratos comprados en el exterior que en el país. Con lo cual apergolla la producción nacional: la vuelve cara en dólares, la saca del mercado internacional (en caso extremo, no le da permiso de exportar), la lleva a rastras al mercado capitalino y la paga al precio que quiere, sin recurso de huelga: si el campo no puede o no quiere producir a esos precios, ahí está la producción agropecuaria de otros países, muy barata con dólares baratos. De 1950 a 1980 los precios relativos de la producción agropecuaria (en comparación con los precios del producto nacional) bajaron 27% (Paul L. Yates). Habría que arruinar ese negocio centralista: fijando la paridad de tal manera que la producción agropecuaria, a precios altos en pesos, resulte más barata en dólares que las importaciones. Esto sería descentralizador de tres maneras. El costo de la vida subiría en la capital, quitándole incentivos. La capital se convertiría en un mercado a buenos precios para el campo, que tendría ese incentivo para producir. Y una parte de la planta industrial capitalina (esperemos que la más contaminante) se vería obligada a exportar, emigrar o desaparecer.

Si distinguimos las actividades (comerciales, de servicios, burocráticas, industriales) que dependen de la actividad ya establecida, frente a las que aprovechan los recursos naturales y por eso tienen que establecerse ahí (mineras, silvícolas, de pesca, agropecuarias, navales), la hinchazón de la capital no se explica. Casi todo crece porque lo demás ya está ahí: deriva de una riqueza ya en marcha. Pero ¿cuáles son las fuentes originales de riqueza? No las naturales, relativamente escasas y ahora desaparecidas (por la hinchazón): el agua, los lagos, los ríos, los bosques, la tierra, el buen clima, la región más transparente del aire. ¿Cuál es, entonces, la oportunidad que sigue atrayendo población, ambiciones, inversiones? Un recurso local cada vez más abundante: el recurso presidencial. La verdadera fuente de riqueza local es el poder: la inmensa y creciente concentración de poder.

La marabunta destructora del valle de México es pacífica. No viene a destruir sino a prosperar, y no recurre a la violencia sino a la buena voluntad. Todo el problema se reduce a que su paciente, sumisa, perseverante ascensión busca el queso donde está. Nadie va a cambiar esa orientación a más, que está en la esencia misma de la cultura del progreso. La solución está en un largo rodeo espacial por donde se queden todos los que no van a llegar más que a un nivel intermedio. La solución está en llevarse el queso intermedio: repartirlo por especialidades geopolíticas, en vez de especialidades centrales. Actualmente, cada secretaría tiene a los 31 estados "libres y soberanos" subordinados; y lo peor es que debajo de cada una están los mismos 31 subordinados, con resultados caóticos. Hay que invertir esa organización: convertir a los gobiernos de los estados en supersecretarías locales, debajo de las cuales estén todas las funciones de desarrollo. Hay que hacer de las gubernaturas poderes intermedios más importantes que las secretarías. Hay que cambiar la ruta del poder, organizar la cola de aspirantes a más en treinta colas convergentes a la cúspide, pero no concentradas en una sola ciudad.●